

SANTA MISA DE LA SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

## HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de San Pedro

Sábado, 6 de enero de 2023

Los Reyes Magos partieron en busca del Rey que había nacido. Son imagen de los pueblos en camino en busca de Dios, de los extranjeros que ahora son conducidos al monte del Señor (cf. Is 56,6-7), de los que lejos pueden escuchar el anuncio de la salvación (cf. Is 33,13), de todos los perdidos que escuchan el llamado de una voz amiga. Porque ahora, en la carne del Niño de Belén, la gloria del Señor ha sido revelada a todos los hombres (cf. Is 40,5) y "todos verán la salvación de Dios" (Lc 3,6). Es el peregrinaje humano, de cada uno de nosotros, de la distancia a la proximidad.

Los Reyes Magos tienen los ojos apuntando al cielo, pero los pies caminando sobre la tierra y el corazón postrado en adoración. Repito: ojos apuntando al cielo, pies caminando sobre la tierra, corazón postrado en adoración.

En primer lugar, los Reyes Magos tienen sus ojos apuntando hacia el cielo. Los habita la nostalgia del infinito y su mirada se siente atraída por las estrellas celestes. No viven mirándose los dedos de los pies, plegados sobre sí mismos, prisioneros de un horizonte terrenal, arrastrándose en la resignación o en la queja. Levantan la cabeza para esperar una luz que ilumine el sentido de su vida, una salvación que viene de arriba. Y entonces ven salir una estrella, más brillante que todas, que los atrae y los pone en camino. Ésta es la llave que abre el verdadero sentido de nuestra existencia: si vivimos encerrados en el estrecho perímetro de las cosas terrenas, si marchamos con la cabeza gacha, rehenes de nuestros fracasos y de nuestros arrepentimientos, si tenemos hambre de bienes y consuelos mundanos. - que hoy existen y mañana ya no estarán - en lugar de buscadores de luz y de amor, nuestra vida se extingue. Los Reyes Magos, que son extranjeros y aún no hemos conocido a Jesús, nos enseñan a mirar hacia arriba, a tener la mirada fija en el cielo, a levantar la vista hacia los montes de donde nos vendrá ayuda, porque nuestra ayuda viene del Señor (véase Sal 121,1-2).

Hermanos y hermanas, ¡ojos al cielo! Necesitamos mirar hacia arriba también para aprender a ver la realidad desde arriba. La necesitamos en el camino de la vida, de estar acompañadas por la amistad con el Señor, por su amor que nos sostiene, por la luz de su Palabra que nos guía como una estrella en la noche. La necesitamos en el camino de la fe, para que no se reduzca a un conjunto de prácticas religiosas o a un hábito externo, sino que se convierta en un fuego que arde en nuestro interior y nos haga buscadores apasionados del rostro del Señor y testigos de su Evangelio. Lo necesitamos en la Iglesia, donde, en lugar de dividirnos en función de nuestras ideas, estamos llamados a volver a poner a Dios en el centro. La necesitamos para abandonar las ideologías eclesísticas, para encontrar el sentido de la Santa Madre Iglesia, el habitus eclesial. Ideologías eclesísticas, no; vocación eclesial, sí. El Señor, y no nuestras ideas o proyectos, debe estar en el centro. Partamos de nuevo de Dios, busquemos en Él la valentía de no detenernos ante las dificultades, la fuerza para superar los obstáculos, la alegría de vivir en comunión y armonía.

Los Reyes Magos no sólo miran la estrella, las cosas altas, sino que también tienen los pies caminando sobre la tierra. Se ponen en camino hacia Jerusalén y preguntan: «¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Vimos salir su estrella y vinimos a adorarlo" (Mt 2,2). Sólo una cosa: los pies conectados con la contemplación. La estrella que brilla en el cielo los envía de regreso a

recorrer los caminos de la tierra; al levantar la cabeza hacia arriba se les empuja a descender hacia abajo; buscando a Dios son enviados a encontrarlo en el hombre, en un Niño acostado en un pesebre, porque Dios, que es infinitamente grande, se ha revelado en este pequeño, infinitamente pequeño. Se necesita sabiduría, se necesita la asistencia del Espíritu Santo para comprender la grandeza y la pequeñez de la manifestación de Dios.

¡Hermanos y hermanas, pies caminando sobre la tierra! El don de la fe no se nos da para mirar al cielo (ver Hechos 1:11), sino para caminar por las calles del mundo como testigos del Evangelio; la luz que ilumina nuestra vida, el Señor Jesús, no nos es dada sólo para ser consolada en nuestras noches, sino para abrir destellos de luz en la espesa oscuridad que envuelve muchas situaciones sociales; Al Dios que viene a visitarnos no lo encontramos permaneciendo firmes en alguna hermosa teoría religiosa, sino sólo emprendiendo un camino, buscando los signos de su presencia en las realidades cotidianas y, sobre todo, encontrando y tocando la carne de nuestros hermanos. Contemplar a Dios es hermoso, pero sólo es fructífero si se arriesga el servicio de traer a Dios: los Magos buscan a Dios, al gran Dios, y encuentran un Niño. Esto es importante: encontrar a Dios en la carne, en los rostros que pasan cada día junto a nosotros, especialmente los de los más pobres. Los Reyes Magos, de hecho, nos enseñan que el encuentro con Dios nos abre siempre a una esperanza mayor, que nos hace cambiar nuestro estilo de vida y transforma el mundo. Benedicto XVI afirmó: «Si falta la verdadera esperanza, se busca la felicidad en la embriaguez, en lo superfluo, en los excesos, y uno se arruina a sí mismo y al mundo. [...] Por eso se necesitan hombres que tengan gran esperanza y por tanto posean mucho coraje. La valentía de los Reyes Magos, que emprendieron un largo viaje siguiendo una estrella y que supieron arrodillarse ante un Niño y ofrecerle sus preciosos dones" (Homilía, 6 de enero de 2008).

Finalmente, también pensamos que los Reyes Magos tienen el corazón postrado en adoración. Miran la estrella del cielo, pero no se refugian en una devoción desligada de la tierra; viajan, pero no deambulan como turistas sin rumbo. Llegaron a Belén y, al ver al Niño, "cayeron y le adoraron" (Mt 2,11). Luego abrieron sus tesoros y le ofrecieron oro, incienso y mirra. «Con estos dones místicos dan a conocer quién es a quien adoran: con oro declaran que es Rey, con incienso que es Dios, con mirra que es mortal» (San Gregorio Magno, Homilía Epifanía, 6) . Un rey que vino a servirnos, un Dios que se hizo hombre. Ante este misterio, estamos llamados a doblar el corazón y las rodillas para adorar: adorar al Dios que viene en la pequeñez, que habita la normalidad de nuestros hogares, que muere por amor. El Dios que, «manifestándose en la inmensidad del cielo con los signos de las estrellas, se hizo hallar [...] en un estrecho refugio; débil en la carne de un niño, envuelto en ropas de recién nacido, fue adorado por los Magos y temido por los malvados" (S. Agustín, Discorsi, 200). Hermanos y hermanas, hemos perdido el hábito de adorar, hemos perdido esta habilidad que nos da la adoración. Redescubramos el sabor de la oración de adoración. Reconocemos a Jesús como nuestro Dios, como nuestro Señor, y lo adoramos. Hoy los Reyes Magos nos invitan a adorar. Hay una falta de adoración entre nosotros hoy.

Hermanos y hermanas, como los Reyes Magos, levantemos la mirada al cielo, partamos en busca del Señor, inclinemos nuestro corazón en adoración. Mira al cielo, emprende un viaje y adora. Y pedimos la gracia de no perder nunca el coraje: el coraje de ser buscadores de Dios, hombres de esperanza, soñadores intrépidos que otean el cielo, el coraje de la perseverancia al caminar por los caminos del mundo, con el cansancio del verdadero camino. , y el coraje de adorar, el coraje de mirar al Señor que ilumina a todo hombre. Que el Señor nos dé esta gracia, sobre todo la gracia de saber adorar.

*Francisco*

[Texto original: italiano]

Vaticano, Basílica de San Pedro, sábado 6 de enero de 2024.

Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Gentileza Dicasterio para la Comunicación, vía vatican.va

Acompaña la difusión:

**Oficina de Comunicación y Prensa  
Conferencia Episcopal Argentina**